

A los 50 años de “Hombres y Mujeres para los demás”

Mi experiencia de los textos y testimonios del P. Pedro Arrupe S.J.

Fabricio Alaña S.J.¹

Julio 2023

El P. Miguel María Mendizábal, jesuita español, fue el secretario personal del P. Pedro Arrupe S.J. durante su provincialato en el Japón de la posguerra, de su reconstrucción y del “*Yo viví la bomba atómica*”. El P. Mendizábal llegó a conocerlo y a quererlo muy bien, no solo por la fuerza extraordinaria de mover a la Compañía para ayudar al Japón, sino por la importancia que le daba a la esencia de la Compañía: “ayudar a las almas”, sirviendo a Dios en el mundo y en la Iglesia.

El P. Mendizábal, después, estuvo un tiempo en Roma cuando Arrupe era Superior General de los jesuitas en el mundo. Allí, en plena época de cambios y transformaciones y a petición del mismo Arrupe, compiló sus mejores escritos, discursos y charlas como General en aquellos años, y los plasmó en un tomo que se llamó “La identidad de los jesuitas en nuestros tiempos” (1981, Sal Terrae). Este libro fue dedicado “*ad usum nostrorum*”, para los jesuitas, pero fue complementado con otro que se llamó “La Iglesia de hoy y del futuro” (1982, Mensajero – Sal Terrae). Esa división interna y externa es superficial, a la larga el evangelio es claro: “no hay nada oculto que no sea conocido” (Mc 4: 21-25). No hay nada externo que no sea reflejo de un trabajo interno, como dice la narrativa bíblica: “de la abundancia del corazón habla la boca” (Lc 6:45), pues se ha encontrado un tesoro y no es para dejarlo oculto.

Esos libros marcan el amor interno de Arrupe y la pasión externa que configuran su vida y misión; y como dice la presentación de uno de esos libros: “el estilo –literario– es el hombre, pero algunas veces como aquí, la personalidad del hombre no cabe en el estilo”. Por ello, decir algo sobre Arrupe, es decirlo por experiencia espiritual, gracias a personas (jesuitas en mi caso) y de sus textos que hicieron que me encontrara con él. En especial, en mis dos primeros años de jesuita, en el noviciado del Ecuador en Quito, nos enviaron “como regalo a la provincia ecuatoriana”, al P. Mendizábal, vasco como Ignacio y Arrupe, formado en la

¹ Docente de Ética y Cristología, Pontificia Universidad Católica de Ecuador (PUCE) Manabí. Artículo publicado en el Boletín de agosto de 2023 del Centro Virtual de Pedagogía Ignaciana (CVPI), de la Conferencia de Provinciales de América Latina y el Caribe (CPAL) de la Compañía de Jesús.

escuela del mundo ya que la Compañía lo envió, en sus distintas etapas, a España, Centroamérica y USA, para luego ir de misionero a Japón.

Mendizábal fue mi maestro de novicios y me contagió el amor de Arrupe por el mundo desde la pasión de Dios en los conflictos que la Compañía debía asumir para ser fiel a su misión, la pasión de lo que un “jesuita hoy” (ese hoy fue hace treinta y ocho años) debe tener claro y “vivir” para ser seguidor de Cristo. Me decía: “Lo importante es ser jesuita”, luego ver “si Dios te llama a ser sacerdote o hermano”, y ten claro “que nuestra casa es el mundo”, “entramos a una provincia, pero nuestra casa es cualquier casa que la Compañía tenga en el mundo”.

Y uno de los amores de Arrupe, como de Mendizábal, era san Francisco Javier, el paradigma del misionero, el ideal concreto de lo que pensaba debía ser la Compañía de Jesús según Ignacio de Loyola, siempre listo, como una “caballería ligera”, a recorrer el mundo para dar a conocer a Cristo, y en su pecho colgado el nombre de los primeros compañeros –*societas amoris*. La Compañía naciente - y es algo que los historiadores hoy deben revisar, como lo propone el padre John O’Mally S.J.- no es sin Ignacio; e Ignacio no es sin sus compañeros (en “*Los Primeros Jesuitas*”). El ideal jesuita, retratado en cómo debe ser el Superior General, es lo que se pedirá tanto a los superiores provinciales, de comunidades, directores de obra, como a cada jesuita: “ser líderes” diríamos hoy, liderar una obra apostólica, “saber gobernarse para gobernar a otros” (Constituciones, en especial Parte VIII y IX).

¿Qué se le pide a un líder jesuita?, ¿qué, en estricto sentido, a cualquier jesuita formado en las Constituciones, Ejercicios Espirituales, etc?: ante todo, su unión con Dios y cómo vive su fe; luego, cómo armoniza y desarrolla su libertad interior (afectos), sus capacidades cognitivas e intelectuales (entendimiento), sus habilidades prácticas y capacidad de ejecutar encargos (ejecución), quedando lo más operativo –bienes del cuerpo y externos. La persona que deseaba formar Ignacio y que plasmó en las Constituciones (redactadas por él, aprobadas y enriquecidas por los primeros compañeros), para orientar la formación de los nuestros, no es solo una persona virtuosa, sino que sea una ayuda para los demás (Constituciones 725). Esta persona ética tiene un talante espiritual, prudencia y discernimiento. Pero el indicador, que es lo que hoy se desea, para motivar, inspirar y animar una institución para cumplir sus objetivos, es que “quiera a la gente”. La virtud que debe prevalecer ante todo es “caridad para con los prójimos y amor a la Compañía” (análisis que hace José María Guibert S.J., del liderazgo de san Ignacio y de los jesuitas formados en las Constituciones de la Compañía, en “*Liderazgo basado en la Amistad, Cincuenta recomendaciones*”, 2021, Sal Terrae).

Y si algo hizo Mendizábal como Maestro de novicios en el Ecuador, fue darnos a estudiar las Constituciones y las Congregaciones Generales de la Compañía de Jesús XXXI, XXXII y XXXIII, que actualizaban, desde una fidelidad creativa, el carisma y la misión de la Compañía.

Arrupe fue el líder de la XXXI y XXXII Congregaciones. *Agiornamento*, nos enseñaron, es decir ponerse al día y reformular la misión desde una interpretación viva: fe y justicia como el principio inspirador y unificador de todos los apostolados de la Compañía de Jesús, desde donde se espera formar “hombres y mujeres íntegros”, “hombres y mujeres agentes de cambio”, “transformadores de la realidad” de este mundo injusto y cruel que debe ser transformado desde la mirada misericordiosa de Dios; “contemplación de la encarnación, donde no hay amor que no se refleje en la justicia no meramente distributiva, sino equitativa; dar la oportunidad de crecer, ser y estar en el mundo como si fuera una casa común. Lo que en el programa de Jesús llamaba: “dar vida y vida en abundancia” (Jn 10:10).

Leer directamente a Arrupe o sobre Arrupe es encenderte el corazón y comenzarte a preguntar: ¿por qué yo no?, ¿por qué no ir a Japón? Esos fueron mis deseos iniciales, que tuvieron que ser acompañados y discernidos. Ciertamente Japón no era para mí. ¿Influyó la lectura de Arrupe? Claro, pero el testimonio de Mendizábal también. Vimos que no, lo cierto es que seguí con el bicho de servir a la Iglesia en donde haya más necesidad, más universalidad, por lo que decidí pedir ir de misión a África, lo tenía claro, y escribí. El nuevo Padre General, Peter Hans Kolvenbach, parco y lingüista respondió brevemente: “Tu África es Ecuador”.

Textos que requieren una hermenéutica, por cierto, como cualquier texto, pero la verdadera comprensión se da cuando hay apropiación (P. Ricoeur). Apropiación que se da no para repetir respuestas a contextos ya pasados cincuenta años para aprender a emprender el reto más grande que tiene una formación humana, como nos la da la Compañía a sus integrantes: “formar hombres y mujeres para los demás”. Esto hoy es formar líderes que tomen el timón de este barco –humanidad- que se está hundiendo, es repensar y re-crear, no solo innovar una propuesta formativa, como la que supo dar la Compañía, primero a sus miembros, a los que querían ser jesuitas, luego a la juventud donde está “el futuro de la humanidad”.

La famosa *Ratio Studiorum* fue el gran plan de estudios de 1599, pero no es un manifiesto de filosofía educativa jesuita.

“Más bien, es una compilación de las mejores prácticas en administración escolar y pedagogía desarrolladas en los colegios jesuitas de ese momento...Busca ser un instrumento práctico para administrar y enseñar con eficacia. Al mismo tiempo, pretende ser un instrumento de control de calidad para los colegios jesuitas. Los primeros jesuitas habían aprendido mucho de esas prácticas en la universidad de París, la aplicaron de inmediato a sus colegios...Algo importante era asegurar una participación activa de los estudiantes en el proceso educativo, y que no fueran aprendices pasivos de información. Era importante tener un currículo en que los estudiantes progresaran desde los elementos más básicos hacia los más

sofisticados” (J. O’Malley, Comentario a los capítulos 5 y 6. “Una renovación de la educación jesuita basada en la espiritualidad ignaciana”, en el libro Juan Cristóbal García – Huidobro, Sj (Ed) *La educación jesuita en la encrucijada*, Discusiones sobre la educación jesuita primaria y secundaria contemporánea en América Latina y del Norte, 2021, FLACSI – Mensajero).

Arrupe, Mendizábal y muchos jesuitas que fueron mis formadores e instructores se formaron en esa “*Ratio*”, que no era un simple plan de estudios y que los hizo capaces de saber leer la realidad y saber buscar alternativas a los problemas del tiempo histórico que vivía la Iglesia y la Compañía. Por lo tanto, la verdadera tradición de la Compañía, testimoniada por sus hombres, es “saber pensar”, “saber contemplar la realidad”, “saber discernir y preguntarse qué es del proyecto de Dios y qué nos pide hoy”, para no quedarse en la mera meditación o reflexión, sino buscar transformar esa realidad para que el proyecto de Jesús se haga visible y comience a producir esa vida buena y libre que tanto anhelan los hombres y mujeres de todos los tiempos.

¿Cómo se fue estructurando esa *Ratio*? La historia pedagógica de la Compañía se va actualizando, pero hay que decirlo, gracias a los estudios histórico-críticos que se fueron haciendo recién desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, cuando “salieron de la caja” documentos y monumentos del archivo histórico de la Compañía en Roma, es qué se ha ido entendido como fuente inspiradora del ser, pensar, actuar formativo de Ignacio y los primeros Jesuitas.

Es claro que los primeros compañeros no querían colegios. Intelectuales de la mejor universidad de su tiempo, con sus maestrados muy arduos de conseguir - distintos a los que hoy se consiguen con diez meses, cómodas cuotas y modalidades, más virtuales que presenciales-, querían comprometerse con el mundo y los pobres de su tiempo. Punto, lo demás es teoría. Dar a conocer a Cristo a todo el mundo, llevando la buena noticia a los que más sufren, sin perder la coherencia de sus vidas, el cuerpo de su empresa, la corporatividad se dirá hoy. Fue la empresa apostólica más importante que se ha realizado en la Iglesia, después del nacimiento de las universidades en los monasterios medievales y de las comunidades de base hoy en día en América Latina, que es en donde se está manteniendo la esperanza en el Dios de la vida.

¿Por qué los primeros jesuitas no siguieron una tarea educativa siendo educados en una gran universidad? La respuesta que podemos dar es que viendo las necesidades del mundo y reconociendo el valor de la universidad, estas, como nos dice John O’Malley,

“no se preocupaban de la salvación eterna de nadie. El objetivo era crear conocimiento y desarrollar habilidades profesionales. Salir de la universidad era conseguir empleo”. “Los humanistas del Renacimiento Italiano, criticaron esa función de la universidad por la falta de preocupación por el bien de la sociedad y,

especialmente, la falta de preocupación por el desarrollo integral de los estudiantes como personas... Crearon colegios –colleges- que rivalizaron con la universidad. Trabajar, entonces por el bien común, construir mejores barrios, ciudades era uno de los objetivos del para qué estudiar” (O’Malley, Oc, p. 142).

Cicerón, uno de los arquitectos del ideal humanista, nos dice O’Malley, expuso el asunto con claridad: “No hemos nacido solo para nosotros mismos”. Cuando muchos siglos después el Arrupe habló de “formar hombres y mujeres para los demás”, como el gran norte de los colegios jesuitas, probablemente no sabía que parafraseaba a Cicerón “aunque eso hizo” (Oc. 143). Personalmente creo que sí tenía en su corazón la frase de Tertuliano, que enseñaban en los estudios clásicos del juniorado, la que yo viví en el escolasticado de Jorge Mario Bergoglio S.J., de 1989: “nada de lo humano me es ajeno” (*Nihil humanum alieno a me puto*).

“Hombres y Mujeres para los demás”, 1973

¿De dónde se inspiró Arrupe para formular la misión de los colegios y de la educación jesuita con esa frase? ¿El Evangelio? ¿Los Ejercicios? ¿La vida de Ignacio? ¿Las Constituciones? ¿Teólogos como Bonhoeffer? ¿Habría ya leído a los teólogos latinoamericanos? ¿Leyó a John Sobrino? (los textos de este fueron publicados después de 1973).

La Carta de Río de 1968 le dio muchas luces: “aceptamos que nuestros colegios... acepten su papel de agentes activos de la integración y la justicia social en América Latina” (Pablo Sada, S.J., 2001, “*La Ratio Studiorum hoy en América Latina: su actualización y sus retos*”, en: La Educación Jesuita en la Encrucijada, Oc. p. 120). Conoció el llamado “*Documento de Oaxtepec*” de un grupo de educadores jesuitas que deseaban construir una sociedad justa en América Latina, lo que significa una liberación de las situaciones de opresión e injusticia que viven las grandes mayorías de nuestros pueblos”. En esta perspectiva, este “documento sintetiza que educar para la justicia significa promover al hombre dentro de los valores humanos del servicio, creando, no ya mentalidades altamente competitivas ni posesivas, sino actitudes de realización personal en el mismo servicio” (Oaxtepec 1971, p. 59).

En su conferencia “Hombres y Mujeres para los demás” del 73, Arrupe tiene claro el punto de partida que explicitó a su audiencia de entonces, los exalumnos de los jesuitas, en Valencia-España: “El punto de partida para nuestra reflexión sobre la Justicia lo constituyen algunas afirmaciones del último Sínodo de Obispos, celebrado a fines de 1971”. Siendo así, es la reflexión de la doctrina social de la Iglesia que conjuga como marco teórico –existencial para hablar de ello en el quehacer educativo y la finalidad del modelo de hombre y mujer que queremos formar. La justicia no es un tema accidental sino esencial en una

propuesta educativa; lo que hoy decimos en distintos documentos educativos de la Compañía: ¿para qué educamos?, ¿qué modelo de sociedad queremos?

La autoevaluación que hace el Padre Arrupe es sincera, crítica: “no los hemos educados para la justicia”. “Al final de este largo recorrido sobre la noción cristiana de la justicia, yo me contentaría con que hubiésemos sacado un solo fruto: el convencimiento de lo lejos que estamos de tener asimilada totalmente dicha noción, tanto en nuestra forma espontánea de pensar, como en nuestras actuaciones prácticas”. (Art. cit, p. 22, sigo la edición publicada por *Cristianisme é Justícia*, con el texto como fue publicado completo en «Iglesia y Justicia. Actas del X Congreso de la Confederación Europea de Asociaciones de AA.AA. de Jesuitas». Valencia, España, 29 julio - 1 agosto 1973, pp. 92-11).

¿Cuál es el reto que planteó?: “intentar vivir el amor y la justicia en un mundo donde los demás, o la gran mayoría, son egoístas e injustos y donde además la injusticia y el egoísmo se han instalado estructuralmente, esa empresa parece suicida e inútil”. “Sin embargo a esa empresa nos impulsa con toda nitidez el Mensaje cristiano, hasta constituir la esencia ética del cristianismo”.

Los años 70 revelaron un mundo en crisis. Arrupe, desde la tradición de la Compañía de contemplar la realidad desde la mirada misericordiosa de Dios (EE 102), “nos enseñó a ver el lado bueno del mundo”. Si un educador no es un hombre o mujer de esperanza, solo será un “profeta de desgracia”, cambie de profesión. Formar hombres y mujeres: “a todos los hombres y a todo el hombre”, decía Benedicto XVI, requiere reconocer nuestras fallas, asumirlas y visualizar un horizonte de salida. Eso es lo que nos enseñaron en los Ejercicios Espirituales, que es un método pedagógico-místico para encontrar a Dios en la vida y orientar nuestra historia en función del proyecto de Dios: “sean felices y multiplíquense” (Gen), “administren el mundo como un paraíso, lo cual no es nostalgia de un pasado sino anhelo de un futuro” (Carlos Mesters).

Por ello Arrupe, en el discurso “Hombres y Mujeres para los demás” de 1973, acudió a las fuentes de agua viva, no solo para calmar la sed de los fracasos y desviaciones históricas sino para renovar la propuesta educativa de la Compañía: “

el reconocimiento de nuestras limitaciones pasadas y actuales no nos impide –como hace poco os decía– abordar el tema ante vosotros con confianza y optimismo. Esa confianza y ese optimismo se apoyan en lo siguiente: a pesar de nuestras limitaciones y deficiencias históricas, creo que la Compañía os ha transmitido, creo que todavía vosotros conserváis y que la Compañía conserva todavía, algo que constituye la esencia misma del espíritu ignaciano y que nos capacita para renovarnos continuamente: un espíritu de búsqueda continua de la voluntad de Dios, una agudizada sensibilidad espiritual para captar los matices con que Dios quiere que el cristianismo se viva en las diversas etapas de la historia” (Oc, p. 5).

“Hombres y mujeres para los demás” hoy, en contextos de innovación y *Laudato si’* del papa Francisco

El siguiente párrafo dice todo de lo que es educar para la justicia hoy y del tipo de egresado que debe salir de un centro educativo, ya no jesuítico, sino católico, y nos lo dice el papa Francisco, sobre la tarea educadora, liberadora de lo que es evangelizar: “Una auténtica fe –que nunca es cómoda e individualista– siempre implica un profundo deseo de cambiar el mundo, de transmitir valores, de dejar algo mejor detrás de nuestro paso por la tierra. Amamos este magnífico planeta donde Dios nos ha puesto, y amamos a la humanidad que lo habita, con todos sus dramas” (Evangelium Gaudium. N. 183).

Por ello decimos, “Los colegios jesuitas están comprometidos con la justicia (ver la Segunda Preferencia Universal: <https://jesuits.global/es/uap/caminar-con-los-excluidos> nos. 198-203). Con sus cansancios, con sus anhelos y esperanzas, con sus valores y fragilidades, la tierra es nuestra casa común y todos somos hermanos. Si bien el orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política, la Iglesia no puede, ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia”. Es el Indicador no. 5 que señala la correcta direccionalidad de un centro educativo jesuita, no solo para colegios, sino también para universidad (ver el documento “*Una Tradición Viva*”, 2019, Roma; y “*El Paradigma Pedagógico Ignaciano y su relevancia actual para la universidad jesuita*”, Michael J. Garanzini S.J. y Michael Baur, DIDAC 2022, en: CVPI, “El Paradigma Pedagógico Ignaciano en su XXX Aniversario”, Selecciones junio 2023).

Garanzini nos dice que formar líderes es una de las misiones esenciales de la universidad, siempre y cuando sean “para los demás”, es decir, “agentes de cambio”; Para ser servidores de la justicia, para globalizar la profundidad del pensamiento y para la reconciliación (Oc, p.6).

El desafío de Arrupe sigue hoy más vigente que nunca. Cuando hacía mis estudios de filosofía en Argentina, por los noventa, los jesuitas argentinos tenían un Centro de Reflexión y Acción Social, los famosos CIAS; uno de esos padres, poco bien visto en mi escolasticado, me enseñó dos pautas para comprender los pilares de la acción apostólica de la Compañía: los Centros de Espiritualidad y los Centros de Reflexión Social. Ambos impulsados en el generalato de Arrupe. Lo que me hacía ver que la famosa dicotomía entre obras sociales y espirituales no era correcta.

En los análisis que hace el papa Francisco (ya no Jorge Mario Bergoglio S.J.), hoy más que nunca necesarios, pues la sociedad que vivimos marcan la gran indiferencia que hay en el mundo ante los problemas de los otros, nuestra sociedad actual se caracteriza como la “sociedad del descarte”, vivimos la cultura del “*fast and trash*”, úsalo y tíralo, el gran problema ecológico, es socio ambiental, la causa de nuestros males son antropológicas. La gran tarea de hoy, como Iglesia educadora, es promover un Nuevo Pacto Educativo desde

lo local que incida en lo global, para reinventar la humanidad y rescatarla de su egoísmo auto-referencial. Esto no se logrará sino desde una “fraternidad auténtica que se base en una cultura del encuentro. Esto es ir mar adentro, con respeto haciendo de las diferencias un camino para enriquecernos mutuamente y no excusa para alejarnos... o somos hermanos o todo se derrumba (Francisco: “En Nombre de Dios pido que su nombre no sea utilizado para fomentar las guerras”, pgs. 135-136. En “*Os Ruego en Nombre de Dios. Por un futuro de esperanza*”, 2022, Mensajero).

La encíclica *Laudato Si'* habla claramente de las injusticias que hoy se comenten en el mundo, cuya causa mayor es la mentalidad depredadora y el estilo consumista de vivir, mediante un modo de producción que destruye a la naturaleza. Por ello, sin escuchar el grito de la tierra y sin escuchar el grito de los pobres, no se puede hablar de ética, menos de Dios. Y allí, el papa Francisco desafía desde su concepto de Ecología Integral (Capítulo IV) a la educación y a la espiritualidad (Capítulo V), a sacar lo mejor de la historia de la humanidad y las religiones para cambiar del paradigma tecnocrático y desarrollar un paradigma biocéntrico, que cuida y fomente la vida en toda su integridad. Una ecología integral solo será posible por un diálogo intergeneracional y un pensamiento interdisciplinar y abierto.

Pedro Arrupe S.J. y Jorge Mario Bergoglio S.J., hoy el papa Francisco, son hijos de la Congregación General XXXII de la Compañía de Jesús que redefinió la misión de la Compañía desde la fidelidad creativa a la gran tradición ignaciana de “buscar y hallar a Dios en todas las cosas”; y los jesuitas realizarán su misión “según parezca conveniente para la Gloria de Dios y el bien común”, como dice la fórmula del Instituto enviada para la aprobación por parte de Ignacio y los primeros compañeros al Papa Julio III, en 1550. La expresión “bien común” es nueva y una marca en lo que debe caracterizar un ministerio apostólico jesuita, hoy diremos mejor ignaciano.

Los tiempos de innovación nos llaman a saber formar el hombre y a la mujer de hoy, desde la creatividad y el significado de una vida con sentido, que sepa pensar alternativamente, no solo situadamente, administrando la información y las ventajas de la tecnología y no que se deje ahogar o desplazar por la misma. Ser hombre y mujer innovador no es meramente saber usar tecnología, sino usarla para resolver los problemas humanos, ecológicos, de la vida. Como muy bien nos advierte el P. Arturo Sosa S.J. (este sí hijo de Arrupe en la visión que imprime a la orden y que hoy lo tenemos como nuestro Padre y Maestro), que siendo el jefe es el hermano que nos recuerda lo esencial de una familia: su fe, su esperanza y su historia que no le teme a los desafíos, pero que sabe discernir en todo momento y lugar qué es lo que más nos conviene.

Vale la pena cerrar este artículo para hablar de las luces más que las sombras de los pensamientos e intuiciones que nos dejó el P. Arrupe, pues nos toca seguir encendiendo

esa antorcha de la verdad para formar vidas bellas, para que sean justas y buenas; pero, sin el cuidado del corazón que nos da el discernimiento esto será imposible:

“Discernir supone arriesgar... Correr riesgos no surge espontáneamente de la dinámica de instituciones que han construido con esfuerzo una identidad, un modo exitoso de educar y producir conocimiento que las hace sentir orgullosas y, además, son reconocidas por el entorno en que se mueven y gozan de un importante prestigio. Discernir es abrirse a la novedad. La novedad a la que buscamos abrirnos a través del discernimiento se distingue radicalmente de la innovación fruto de la investigación científica o el progreso tecnológico. Es una novedad que nos viene dada, que no surge de premisas que nosotros hemos puesto ni de los pasos que hemos dado por el camino que nosotros mismos hemos decidido, diseñado y construido. Discernir, por tanto, es disponerse a ser guiados hacia la novedad. Supone “soltar las riendas” para ser llevado hacia donde no sabemos, sin contar con una hoja de ruta que guíe nuestros pasos. Las características de las instituciones universitarias hacen especialmente difícil “soltar las riendas”. Están concebidas para tener firmemente las riendas en las propias manos y controlar el camino que se toma y la velocidad con la que se avanza... (Discurso del P. Arturo Sosa en la Asamblea de la Asociación Internacional de Universidades Jesuitas –IAJU: “Discerniendo el presente para preparar el futuro de la educación universitaria de la Compañía de Jesús”, Boston, agosto 2022).

Nota final

Escribir es pensar, y he pensado gracias a los hombres y mujeres que me han enseñado a amar a Dios y a los hombres, y esto no se puede hacer sin un compromiso serio por ser mejor persona. Las piedras del camino, los fracasos de la historia no asustan a Dios, antes me acercarán a su corazón, si sé escuchar y pensar al estilo de Jesús. Como decía Arrupe, en el discurso “Hombres y Mujeres para los demás” de 1973, el hombre y mujer que debemos formar es el que cree en el amor: “es paciente, entregado, soporta todo y es eficaz, es un amor que transforma, porque vive un amor radical” (Art. Cit, p 31ss).

Ante la falta de referentes, ante la complejidad de lo humano y sus géneros, hoy más que nunca, el modelo de humanidad de Jesús que me revela el Evangelio me invita a descubrir lo valioso en mí y en los otros, su fuerza creativa y superadora que no anula adversarios, los integra, es como un granito de mostaza, vive entre el trigo y la cizaña y en especial me invita a llenarme de alegría por haber encontrado lo que vale la pena para vivir (Mt 13 y el Sermón de las Parábolas, que en palabras de José Luis Sicre, son “parábolas para salir de la crisis”, confer: <https://www.feadulta.com/es/ayuda/esta-semana.html>, accedido 26 de julio 2023).

Con cariño, FABRO SJ

